

CANTOS Y DANZAS DEL

# ATLAS

(MARRUECOS)

*Miriam Rousing Olsen*

Traducción  
*Icía Alonso Araguás*



# Índice

Prólogo de Bernard Lortat-Jacob .....	9
CANTOS Y DANZAS DEL ATLAS .....	13
Introducción .....	15
I. MÚSICA Y POESÍA .....	23
II. EL CICLO DE LA CEBADA .....	37
III. LOS ESPONSALES .....	49
IV. AHWASHÛ Y AÛIDUS .....	67
V. LOS MÚSICOS AMBULANTES .....	111
Epílogo .....	128
ANEXOS .....	131
Glosario .....	133
Bibliografía .....	139
Discografía .....	141
Comentarios de los ejemplos musicales .....	143

## Prólogo

Digámoslo sin rodeos: el libro de Miriam Rovsing Olsen es desconcertante. En primer lugar, en el sentido estricto del término. Y es que para acceder a las músicas de la montaña marroquí hay que dejar las carreteras habituales e internarse en escarpadas pistas por las que solo se adentran camiones todoterreno cuyos pasajeros viajan hacinados en compañía de las provisiones, las ovejas, las gallinas y las cabras... Y luego, tiene uno que aventurarse por caminos de herradura tan abruptos que hasta las mulas tienen a veces dificultades para atravesarlos.

Pero la sensación de desconcierto que destilan estas páginas se debe en mayor medida al modo en que su autora nos habla de la música. De hecho, en este libro el lector encontrará muy pocas observaciones convencionales —como pueden ser las notaciones de ritmo o de escalas musicales que son el objeto de la musicología clásica.

La autora nos invita, en cambio, a descubrir cómo han surgido las músicas del Atlas. Se detiene en explicar los retos a los que han de enfrentarse y analiza con detenimiento el mundo de significados que se expresa en estas músicas. En una palabra, *Cantos y danzas del Atlas* es un auténtico libro de etnomusicología y un «discurso del método» que hará reflexionar a quienes ven en el arte de combinar los sonidos un simple juego o un mero producto comercial destinado a introducirse en los medios audiovisuales, abiertos ahora de par en par por los todopoderosos apóstoles de la *música étnica*.

En modo alguno podremos comprender esta música de las montañas —viene a decirnos, en definitiva, Miriam Rovsing Olsen— si la abordamos al margen de lo que podríamos llamar su «ecosistema». Su elemento rítmico es, en primer lugar, el del ritmo

regular de las estaciones y las cosechas. Los cantos del Atlas Medio, entonados día a día por las mujeres al empujar la piedra del molino y por los hombres mientras esquilan los corderos o trabajan en las faenas del campo, suplantando a menudo a los gestos del trabajo. Pero, más allá de esta expresión prácticamente utilitaria y que remite a una coreografía rudimentaria, la música, como forma acústica, participa de valores ideológicos, humanos y sociales que sólo un enfoque etnológico es capaz de sacar a la luz.

Su principal estímulo es la fiesta —una fiesta regida también por el ciclo de las estaciones—, que no se concibe sin poesía, cantos, danzas y tambores, y que expresa a su manera la absoluta necesidad de estar juntos. Las fiestas de la montaña pueden verse precisamente como una exaltación de esta necesidad. Hermosas y de gran atractivo visual, constituyen un espectáculo global que gira todo él en torno a la práctica de la música. Y a la inversa, una interpretación musical malograda (es el caso de algunos tañedores de tambor tan poco entusiastas que las mujeres prefieren quedarse en su casa en vez de salir a la plaza para bailar) suele tener una gran trascendencia: no sólo indica que la música ha sido mal ejecutada sino que apunta, además, a la idea bastante alarmante de que, en realidad, la fiesta no ha tenido lugar. Y eso tiene dos consecuencias inmediatas: humilla gravemente a quien estaba encargado de la organización y, en segundo lugar, plantea con crudeza la siguiente cuestión: «¿Somos verdaderamente hombres si no somos capaces de hacer cosas juntos?»

La música está ahí para engendrar y dar entidad a las relaciones sociales; y al día siguiente de estas fiestas magníficas y con tanto poder de convocatoria, no es extraño oír a los hombres y mujeres que trabajan en el campo entonar a solas, cada uno para sí, esas mismas melodías que en la fiesta se han difundido la víspera.

Esta música poderosa y densa que incita a la participación es la forma sonora de un modo de expresión colectiva rigurosamente formalizado y que parece haberse convertido en una

especialidad de los Beréberes de las montañas. Pero, según Miriam Roving Olsen, no se trata únicamente de eso. La música transmite, además, un sentido que no es arbitrario —como pudiera serlo, por ejemplo, el movimiento de una sonata clásica—, un sentido que el cuerpo y la música expresan en la danza y que queda confirmado por el análisis lingüístico; de tal suerte que las estructuras melódicas, rítmicas y formales sólo adquieren su significado auténtico en el marco de actividades comunes y de ritmos que es preciso interpretar en toda su complejidad.

La autora extrae consecuencias semánticas coherentes recordando así que el sistema musical forma parte de una concepción global del mundo. Todo pierde su aparente simplicidad cuando se nos dice, por ejemplo, que la palabra *rriḥ* hace referencia a la idea de melodía pero sirve también para designar al viento y a los espíritus más o menos protectores. Y si bien esta música, como todas las músicas del mundo, está hecha de «notas» (que, naturalmente, sólo el musicólogo escribe), se trata esencialmente —dice la autora— de una *notación* de pensamientos y actos codificados que ella contribuye a desarrollar en el plano acústico y que nos remite a una serie de actividades agrícolas, pero también a creencias e imperativos de fecundidad que conjuran la hambruna y una muerte siempre al acecho.

En resumen, esta música beréber de las montañas está plenamente elaborada, incluso si, a diferencia de la música árabe, no existe en una forma «cultura» —o, como es nuestro caso, no se construye según unos principios teóricos dictados por los entendidos—. Su marco natural es una vida campesina donde los aspectos sagrados y profanos están estrechamente ligados, donde la técnica se confunde con el ritual, la creencia con la acústica y, como nos dice la autora, donde la memoria y la creación son el signo de un orden común.

Así pues, con este librito nos encontramos lejos de los senderos trillados y de los tópicos convencionales. El aire de la montaña sigue estando vivo y yo espero, tal como reza el can-